



# INVERNAL

Por URDABURU

Hace tiempo que albergábamos en nuestra mente la idea de escalar en temporada invernal Punta Aragón, en el macizo de Midi D'Ossau (Pirineos franceses).

Una ascensión que si en verano no presenta problemas, en invierno se recrudecen por el frío, la nieve y, en su mitad superior, escalada mixta de roca y nieve.

Nos ponemos en camino un viernes 10 de marzo a las seis de la tarde y llegamos a Formigal (Sallent de Gállego) a las doce de la noche.

Como la carretera a Portalet está cerrada por la nieve—en tramos hay hasta cuatro metros—, dejamos el coche y ordenamos nuestras mochilas, al tiempo que nos recibe un viento gélido. Echamos mano de las linternas frontales y nos ponemos en camino con una temperatura que ronda los 18° bajo cero. Son las dos y media de la madrugada cuando remontamos el collado y, en frente, se recorta erguida y retadora la negra silueta de esa mole pirenaica, el Midi D'Ossau.

En aquella noche silenciosa, el único ruido que nos acompañaba era el «cris-cras» de las botas al pisar la dura nieve. Pero de repente: «¡Raaaas!», un ruido que nos es familiar por desgracia; me vuelvo de súbito y uno de mis compañeros había resbalado por el nevero, afortunadamente sin consecuencias.

Llegamos a las cinco y media al refugio de Pombie, después de dar un pequeño rodeo por un despiste en la noche. Abro la mitad superior de la puerta, hasta la cual la nieve lo cubría todo, y... ¡Voilà!, todo el refugio solito para nosotros. Estaba frío, muy frío, los conductos de agua y butano helados, pero aun así, después de la caminata, nos parecía el Hotel Londres.

Sacamos la comida que llenaba poco a poco la mesita del refugio, que se convirtió en un autoservicio: mermelada, jamón, foie-grass, almendras, fruta, chocolate..., todo se comía o más bien se devoraba, parecía un gran festín, y luego a la camita un par de horas, no sin antes habernos enfundado en cuatro mantas y un saco cada uno.

Me despierto, abro la ventana del refugio, y un día espléndido me recibe, sin una sola nube. Los negros paredones de la cara sur del Midi están salpicados de pequeños neveritos en las zonas no verticales, el frío aire matinal me despeja del sopor, miro a lo alto y allí está nuestra codiciada meta, Punta Aragón, con sus 2.717 metros que poco costaba recorrerla con la mirada, pero cuántos esfuerzos costaría hollar su cumbre.

La nieve está en buenas condiciones y pienso que con un poco de suerte tenemos el éxito al alcance de la mano.

Nos ponemos en camino por el «couloir» de La Grand Raillirée y remontando éste hacemos un pequeño descanso acompañado de unas naranjas.

Nos encordamos y nos ponemos los cascos, por si a alguna linda piedrecita se le ocurre rondar nuestras

cabezas. Comienzo por una pala helada bastante vertical. El piolet y los crampones muerden en la excelente nieve, y establezco la reunión como montado a caballo en una cornisa de hielo.

Aseguro a mis compañeros, llegan donde mi y pasan ahora delante, haciendo una travesía a la derecha, a la que sigue otra pala helada, y luego comienza la escalada mixta. Nos quedan unos doscientos metros de roca y nieve hasta la cumbre, pero el tiempo avanza rápido y nosotros lentos, pues vamos tres en una cordada, que, aunque es más segura que una de dos, es más lenta.

Nos reunimos y acordamos subir en UVE (el que va en cabeza es el que va en medio de la cuerda y luego asegura a los otros dos a la vez). Es en estos casos lo más rápido y práctico, y como voy en el medio me toca la china. Empiezo por unas chimeneas y lajas de tercer grado, bonitas, aunque algo sueltas, y continuo por unos estrechos pequeños «couloirs»; noto que se va el piso, son ya la una de la tarde y, con el sol, la nieve se ha puesto blanda y peligrosa. Meto un par de clavos y prosigo hasta la antecima, donde nos reunimos los tres. Una estrecha chimenea de diez metros nos separa de la cumbre.

Se mete en ella mi compañero y a cada movimiento que hace resopla más fuerte. Sube en oposición de sólo manos, a modo de equilibrista, y así consigue salir a la izquierda y llegar a la cumbre. Es un paso de 5° que no nos lo esperábamos a estas alturas. Al entrar en la chimenea, también a mí me cuesta pasar el tramo estrecho; no parece haber sitio para mí y la mochila, y pienso que este paso se ha vuelto contra mí, pero al fin... me olvido de esta estúpida idea y consigo salir airoso de la prueba. Dos pasos suaves y a las dos y media pisamos la cumbre. Una amplia sonrisa recorre nuestras caras, algo desencajadas y con aspecto hambriento.

Aspe, Collarada, Telera, Bisaurin, Balaitus, con sus agudas cumbres y cubiertas por el blanco manto invernal, son únicos testigos y mudos espectadores de nuestra escalada.

Iniciamos el descenso y decimos adiós al Midi D'Ossau, pues aunque en dos ocasiones nos rechazó, esta vez se dignó aceptar nuestra visita.

La alegría nos invade, esa peculiar alegría del que sabe que no consigue nada a cambio, sino su propia satisfacción.